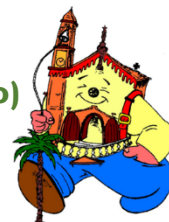




Parroquia Sagrado Corazón de Jesús (san Diego)
Cartagena
RECURSOS LITÚRGICOS



II domingo de cuaresma.

Ciclo A

1ª Lectura

Lectura del primer libro de Samuel (16,1b.6-7.10-13a)

En aquellos días, el Señor dijo a Samuel:

«Llena el cuerno de aceite y vete, por encargo mío, a Jesé, el de Belén, porque entre sus hijos me he elegido un rey.»

Cuando llegó, vio a Eliab y pensó:

«Seguro, el Señor tiene delante a su ungido.»

Pero el Señor le dijo:

«No te fijas en las apariencias ni en su buena estatura. Lo rechazo.

Porque Dios no ve como los hombres, que ven la apariencia; el Señor ve el corazón.»

Jesé hizo pasar a siete hijos suyos ante Samuel; y Samuel le dijo:

«Tampoco a éstos los ha elegido el Señor.»

Luego preguntó a Jesé:

«¿Se acabaron los muchachos?»

Jesé respondió:

«Queda el pequeño, que precisamente está cuidando las ovejas.»

Samuel dijo:

«Manda por él, que no nos sentaremos a la mesa mientras no llegue.»

Jesé mandó a por él y lo hizo entrar: era de buen color, de hermosos ojos y buen tipo. Entonces el Señor dijo a Samuel:

«Anda, úngelo, porque es éste.»

Samuel tomó el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos.

En aquel momento, invadió a David el espíritu del Señor, y estuvo con él en adelante.

Palabra de Dios

Salmo responsorial (Sal 22,1-3a.3b-4.5.6)

El Señor es mi pastor, nada me falta
El Señor es mi pastor, nada me falta

El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar,
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas. **R/.**

Me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.
Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan. **R/.**

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa. **R/.**

Tu bondad y tu misericordia
me acompañan todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término. **R/.**

2ª Lectura

Lectura de la carta a los efesios (5,8-14)

En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz –toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz–, buscando lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien denunciadlas. Pues hasta da vergüenza mencionar las cosas que ellos hacen a escondidas. Pero la luz, denunciándolas, las pone al descubierto, y todo lo descubierto es luz. Por eso dice: «Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz.»

Palabra de Dios

EVANGELIO

Juan (9,1.6-9.13-17.34-38):

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Y escupió en tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego y le dijo:

«Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado).»

Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban:

«¿No es ése el que se sentaba a pedir?»

Unos decían:

«El mismo.»

Otros decían:

«No es él, pero se le parece.»

Él respondía:

«Soy yo.»

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista.

Él les contestó:

«Me puso barro en los ojos, me lavé, y veo.»

Algunos de los fariseos comentaban:

«Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.»

Otros replicaban:

«¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?»

Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego:

«Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?»

Él contestó:

«Que es un profeta.»

Le replicaron:

«Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?»

Y lo expulsaron.

Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo:

«¿Crees tú en el Hijo del hombre?»

Él contestó:

«¿Y quién es, Señor, para que crea en él?»

Jesús le dijo:

«Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es.»

Él dijo:

«Creo, Señor.»

Y se postró ante él.

MONICIONES Y ACCIÓN DE GRACIAS.

Monición de entrada

Queridos hermanos: ya va quedando menos para la Semana Santa. Debemos estar cada día más atentos a la llamada que Dios nos hace para renovar nuestro bautismo. Como hijos de la luz, hemos de huir de la oscuridad del pecado. Que esta celebración nos ayude a elegir la claridad de Dios frente a las sombras del mundo.

Monición a las lecturas

Continuando con los símbolos del bautismo, este domingo la Palabra de Dios nos habla de la luz que viene de Dios. Esta luz nos ayuda a ver más allá de las apariencias, entrando hasta el corazón. De esta manera, la luz del Dios pone al descubierto el pecado y saca de la oscuridad a los que están ciegos por falta de fe. Que la Palabra de Dios sea lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro sendero.

Acción de gracias.

Como arcilla entre tus manos
nuestra piel es modelada con barro y agua;
no es un cuerpo inerte el que emerge de tus sueños,
sino la viva imagen de tu ser divino
abrasada por un aliento
capaz de poner luz hasta en los miedos;
luz que transparenta luz
por los poros de un diminuto universo.

Somos reflejo de tu gloria;
iluminado y luminoso milagro
forjado en la gratuidad de un amor
capaz de convertir las más tercas pesadillas
en sueños.
Pero, a veces,
tu luz es secuestrada,
recluida en los adentros
de una tierra que te da la espalda,
obligando a tus hijos a vivir en las cunetas,
anclados en la sedentaria aridez
de la desesperanza.

Con todo,
el caudal de tus pisadas nunca pasa de largo,
y el aroma de tu inextinguible fuego
arriba a las orillas
y se remansa a los pies de un ciego
huérfano del mirar indiferente
que arrincona y culpa a los heridos
en lugar de cargar con sus dolores
y sanar las llagas con sus dedos.

Haznos, Señor, luz de tu luz,
irreverente claridad desnuda de todo miedo,
ortodoxa teofanía labrada en versos
y en palabras luminosas que brillan en el candelero
para alumbrar, de nuevo,
la oscuridad de un mundo
que trató de desterrar tu reino
y ahora se encuentra, por sorpresa,
con tu luz en sus adentros.

ORACIÓN DE LOS FIELES (preces)

1. Por todos los que se preparan para recibir el bautismo, la confirmación o la primera comunión. Que iluminados por la luz del Señor caminen alegres por la senda de la fe. ROGUEMOS AL SEÑOR.
2. Por las personas que viven en la oscuridad del pecado o de cualquier tipo de sufrimiento. Para que iluminados por Dios puedan descubrir el camino que lleva a la libertad. ROGUEMOS AL SEÑOR.
3. El próximo 19 de marzo celebraremos la campaña del seminario. Por todos los chicos que se preparan para ser sacerdotes. Que el Señor les vaya afianzando en su vocación y sean fieles a esa llamada. ROGUEMOS AL SEÑOR.
4. Para que el Señor despierte en el corazón de muchos jóvenes la vocación al ministerio ordenado y a la Iglesia no le falten buenos pastores. ROGUEMOS AL SEÑOR.
5. Que la luz de Dios ilumine nuestra parroquia para que muchas personas encuentren en ella el amor que libere sus vidas. ROGUEMOS AL SEÑOR.

HOMILÍA

El evangelio de la samaritana del domingo pasado deja paso a otro texto íntimamente ligado al proceso catecumenal que lleva a la fe en Jesucristo. Si la semana pasada era una mujer samaritana, hoy se nos presenta a un joven ciego de nacimiento que, como se creía en aquella época, sufría con su enfermedad las consecuencias de su pecado o el de sus antepasados. Y es que el mal físico en el antiguo Israel era considerado como una especie de castigo divino, pretexto ideal para no comprometerse en defensa de los que sufrían.

Jesús cura a este ciego de nacimiento ¡y lo hace en sábado! Hay un paralelismo muy grande entre este gesto y el acto creador de Dios en el libro del Génesis. Al igual que Jesús hace para dar la vista al ciego, Dios también usó el barro para crear al primer hombre. El símbolo del barro hecho con saliva no es un gesto cualquiera; significa una nueva creación, es decir, la recreación de un hombre renacido de las aguas en la piscina de Siloé, capaz de percibir la luz, los colores y la claridad de la vida por primera vez.

Mientras que este muchacho, condenado posiblemente desde su infancia a la mendicidad, pasa de la muerte a la vida, los que en teoría estaban en la luz inician un lento pero inexorable camino hacia las tinieblas. Los pobres no tienen más teorías ni estudios que los de la vida; los ignorantes sólo pueden echar mano de sus sentimientos y experiencias vitales, mientras que los sabios y entendidos se pierden entre libros, teorías y razonamientos, sin acabar de encontrar razones suficientes para rendirse a lo evidente. Sin duda, la soberbia de la erudición nubla la vista para dejarse iluminar por la verdadera sabiduría; aquella que brilla desde la realidad poniendo luz en nuestras zonas oscuras, especialmente en aquellas que menos nos gustan.

Para aquel ciego nacer de nuevo supuso un cambio tan grande que ni tan siquiera los conocidos fueron capaces de reconocerlo. El sí sabe que no ha perdido su identidad, que no está loco; pero los demás se empeñan en seguir condenándolo a vivir dentro de lo racional, de lo lógico, de los clichés y estereotipos en que lo habían etiquetado sin abrirse al milagro de la vida.

De la misma forma, los hombres de leyes se encuentran ante una tremenda paradoja: el milagro de la vida que emerge de la realidad les desmonta sus teorías, sus planes, su mundo religioso perfectamente organizado. Dios se libera de las ataduras humanas, nos sorprende, nos inunda con su luz; pero nosotros seguimos empeñados en vivir bajo las sombras de nuestras ideas preconcebidas. Cuando un hombre ciego recobra la luz lo lógico es alegrarse con él y alabar a Dios; en cambio lo que vemos en el evangelio de hoy es un juicio muy severo contra el ciego curado.

En este acoso incesante, el ciego de nacimiento no tiene recursos humanos ni razones; sólo su experiencia. Para su desgracia, esa experiencia desmonta por completo la mentira de los que creían ver. El ciego es el único que consigue recorrer el camino de la fe, el mismo camino que la semana pasada recorrió la samaritana y que recorren tantas personas que buscan las aguas del bautismo iluminados por una luz que no se apaga y que, sin saber cómo, comenzó a brillar en sus corazones. De esta forma, el ciego, sin hacer más que dejarse llevar por la simplicidad de lo evidente, reconoce a Cristo en un primer momento como **“ese hombre”**. Más tarde, ante la insistencia de los fariseos le llamará **“profeta”**. Luego dirá que **“viene de Dios”**, y finalmente, cuando se encuentra con él y por primera vez cara a cara, se postra y le llama **“Señor”**. Juan usa aquí la palabra griega Kyrie, es decir el nombre del “Señor” referido a Dios para que no quepa la menor duda. Toda vivencia de fe supone un PROCESO de descubrimiento por el que somos guiados desde la sequedad y las tinieblas de nuestro corazón a las fuentes del agua viva por una senda iluminada con la luz de Dios. Por ello en el rito del bautismo se usa tanto el agua como la luz, símbolos que reflejan perfectamente esa experiencia.

En ese ciego están representadas todas aquellas personas que, habiendo estado cegadas por el pecado y sumergidas en la noche oscura, han sentido como Dios les recreaba desde el barro. Experimentan así que la nobleza emerge de un polvo que, con la gracia de Dios, es amasado hasta formar un ser infinitamente más valioso que cualquier metal noble o que cualquier perla o joya preciosa que pueda existir en el universo.

Quienes experimentan en sus vidas este proceso de transformación interior se saben los últimos, pero convertidos por pura gracia en los primeros en el reino de los cielos. Proceder del barro supone tomar conciencia de ser pobre; no es una cosa que se elige; es lo que se es. En realidad, todos somos pobres; precisamente por ello también preferidos de Dios si nos dejamos abrazar por Él. Por ello, los pobres han de ser una referencia en nuestras vidas; ellos reflejan nuestra realidad, una realidad inútilmente disimulada con riquezas, títulos o capacidades intelectuales; pero nada con lo que nos podamos vestir podrá evitar la realidad de estar hechos de barro. Nuestra piel, aunque sea cubierta con todo tipo de lujos, siempre seguirá siendo tan frágil como el barro con el que nos hicieron. Sólo en las manos de Dios ese barro alcanza su verdadera grandeza y es capaz de brillar con una luz que no le pertenece para iluminar la creación, nunca para deslumbrarla.

Es bueno intentar desprendernos de nuestras riquezas para abrazar la pobreza evangélica, como hacemos en la cuaresma. Esta es la pobreza de espíritu de la que hablan las bienaventuranzas. Pero desprendernos de nuestras riquezas no es tarea fácil porque solemos hacerlo más con razones, ideas o con mera voluntad que con el corazón. En el proceso de conversión es fundamental dejarse iluminar por el Señor; pedirle que nos haga ver, porque sólo así podremos descubrir lo esencial de lo accesorio.

Al principio puede que todo esté borroso, pero a poco que nos lavemos los ojos el amasijo de luces y colores irá dando paso a la clarividencia de una vida capaz de distinguir perfectamente la realidad, dando gracias por ello y testimoniando la verdad de una auténtica libertad interior.

Al igual que José no eligió ser ungido por el profeta para ser rey, hemos de dejarnos sorprender por Dios; dejarnos elegir sin hacer más esfuerzo que el de vivir con naturalidad y espontaneidad la vida que ahora nos toca vivir; porque la fe es un regalo, no un mérito, y la luz es algo que se nos da gratuitamente. Queramos o no, siempre amanece; sólo los que se encierran en sus cuevas se quedan al margen de los rayos de luz que forjan el día. Dios no se fija en nuestras apariencias, en nuestros esfuerzos, en nuestro apretar los dientes para lograr entrar por la senda recta; más bien le estorban todos esos esfuerzos, porque lo más que conseguimos con ellos es enorgullecernos si logramos algún avance o hundirnos si fracasamos en el intento. Es duro abrir los ojos para ver nuestra propia ceguera y comprender que para ser curado es suficiente sentarse a la orilla del camino y dejarse mirar por Cristo para que se compadezca de nosotros y nos cure. No hay acto más pasivo e inútil que buscar alocadamente; ni más proactivo y dinámico que sentarse para dar la oportunidad a Dios de que nos mire. Por eso nos cuesta tanto trabajo sentarnos y hacer silencio. Cuando lo hacemos, la tentación que primero aparece es la del activismo que trata de ridiculizar este acto subversivo que es la oración, haciéndonos creer que se trata de una “pérdida de tiempo” o un acto estéril o ineficiente.

El primer paso para la curación de nuestra ceguera es reconocer que creemos ver, cuando en realidad estamos espiritualmente ciegos. Caminar como hijos de la luz es aceptar que hemos vivido o vivimos en las tinieblas y que contra ella nuestras luces artificiales no sirven; sólo es válida la luz de Dios, una luz que nunca cesa y que es capaz de llegar hasta el último rincón de la conciencia.

En esta cuaresma, la sinceridad ha de ser nuestra mejor aliada; hemos de reconocernos incapaces, pobres e inútiles para remediar por nosotros mismos tanta mediocridad; sentarnos a esperar que Dios nos mire con la confianza en que lo hará; no perdernos en razonamientos ni teorías, sino dejarnos abrazar como un niño pobre y pequeño por quien sabemos que es nuestro Padre y nos ama sin medida.

No nos olvidemos tampoco de que, aunque Dios nos devuelve la luz por medio del barro, somos nosotros los que, a tientas, hemos de ir a lavarnos en las aguas del bautismo. Guiados por Cristo, luz del mundo, vayamos tras nuestro pastor sabiendo que nada nos faltará con su presencia. Entremos de nuevo en las aguas del bautismo y dejemos que la luz que recibimos ese día brille en nosotros e ilumine todo nuestro ser.